

La simbólica del padre en San Manuel Bueno, mártir (Unamuno).  
Ignacio Martín Jiménez

#### 1- Introducción

San Manuel Bueno, mártir constituye una de las obras cruciales de la contemporaneidad en la formulación de la simbólica del padre: en ella se reduce la figura del padre a sus elementos más esenciales (reducción eidética, que adopta la formulación del sema padre en su sentido sacerdotal), se aborda la cuestión desde la formulación que la imago paterna adquiere en la simbología católica, y el relato se construye en los límites de la dimensión creadora de la palabra simbólica.

#### 2- San Manuel Bueno, mártir: ¿una teoría materialista del alma?

En cierto sentido, San Manuel Bueno, mártir se ubica en esa dimensión angustiada que habita el pensamiento contemporáneo de una radical ausencia de la palabra fundadora. La novela tematiza ejemplarmente sobre ese vacío del héroe (de todo héroe, del héroe sublimado que puebla los textos evangélicos) de que adolece nuestro tiempo: sobre ese vacío, pero también sobre la necesidad de colmatarlo. La filosofía contemporánea se instala en el obsesivo y estéril llanto por la ausencia de un Dios garante de sentido; el arte con escasas excepciones se instala en el discurso del Yo negador de todo relato. Sin embargo, la obra de Unamuno, cuyo conjunto permanece anclada por lo demás en esa vivencia amenazante de la nada, supone un análisis implícito de las condiciones en las que se yergue el héroe, en las que es posible su inscripción como sujeto fundador: en San Manuel Bueno, mártir, como padre (que apunta hacia/que sostiene a un Padre). El héroe, decíamos: aquel capaz de, con su sacrificio, sostener una palabra, dotarla de dimensión simbólica.

Lo encomiable de San Manuel Bueno, mártir es esa capacidad de abordar la cuestión casi ideoléctica del anclaje del individuo en el campo de la palabra mediante una historia sumamente concreta y simplificada, a partir de un relato aparentemente basado en actos performativos. En cierto modo, se podría aplicar al relato de Unamuno esa formulación de Pessoa: "describir lo universal es describir lo que es común a toda alma humana y a toda la experiencia humana [...] hablo con el alma el lenguaje primitivo y divino, el idioma adámico que todos entienden". Sin embargo, mientras en El Libro del desasosiego ese idioma adámico encuentra una formulación abstracta, al borde de la incomunicabilidad, en San Manuel Bueno, mártir el texto adopta la forma de una narración epistolar ad usum, encarnándose en figuras concretas con nombres y apellidos (si bien en el límite entre lo singular y lo colectivo: la emisaria se llama "Ángela" - literalmente la enviada-, su hermano convertido a la dimensión sagrada de la palabra "Lázaro" -el resucitado-, etc.), en acciones y paisajes concretos: de nuevo los "depositarios" de ese flujo de despersonalización experimentan un proceso de sublimación en su sentido freudiano: acciones, paisajes, objetos, conservan ese talante a medio camino entre su individualidad y su categoría metafórica: el lago es la duda, la montaña es la fe, etc. En todo caso, es preciso llamar la atención sobre el hecho de que en la narración las acciones singulares son minimizadas, descarnalizadas en cuanto a detalles, reseñadas en cuanto "armazón" más que provista de una entidad singular y que las singularice: como en el relato clásico, los personajes son antes magnitudes puras que sujetos provistos de entidad idiosincrática, de singularidad en sentido estricto.

En San Manuel Bueno, mártir la palabra es abordada desde la despersonalización. Notemos que la estructura narrativa dispone un doble filtro respecto a la autoría, a esa cuestión crucial desde el punto de vista narrativo de quien se arroga la función de contar:

1- Ángela -cuya acción preludia su nombre: la enviada, a narrar- cuenta sus vivencias desde fuera de un relato que la desborda, que tiene como referente a

ese ser llamado a ubicarse en el lugar del padre simbólico y como enunciario indefinido a todo aquel capaz de recibir su mensaje:

"[...] quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y sólo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañable vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Ángela Carballino."

Independientemente del mensaje en primera instancia ("yo narro pero no sé para qué/quién", sobre un "padre de mi espíritu"), parece obvio que el texto introductorio nos sitúa en la verdadera dimensión del relato: el Sujeto del Inconsciente. "No yo [sé]"/ "recuerdo", "vida del alma": expresiones que nos ubican en ese registro interior donde la pérdida de la consciencia deja paso al significante inconsciente. Desde esa cadena de despersonalización -en la que el nombre ocupa el extremo final- está concebido el relato.

2- El autor encontró por casualidad este texto revelado. ¿Dónde lo encontró?: pues la reflexión sobre las concomitancias entre el autor y los personajes en juego -sobre la que ya anteriormente había teorizado Unamuno-, se movilizan conceptos como la involuntariedad del autor frente a su decir, la posibilidad de crear personajes que trasciendan al autor, que superen sus intenciones, que sean autónomos:

"¿Cómo vino a parar a mis manos este documento, esta memoria de Ángela Carballino? He aquí algo, lector, algo que debo guardar en secreto. Te la doy tal y como a mí me ha llegado, sin más que corregir pocas, muy pocas particularidades de redacción. ¿Que se parece mucho a otras cosas que yo he escrito? Esto nada prueba su objetividad, su originalidad. ¿Y sé yo, además, si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de alma inmortal? De la realidad de este san Manuel Bueno, mártir, tal como me lo ha revelado su discípula e hija espiritual Ángela Carballino, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creía el mismo santo; creo en ella más que creo en mi propia identidad." [S.M.B.M., p. 148]

En todo caso, tanto Ángela como Unamuno no son sino la voz de una palabra que los trasciende: de un evangelio que supera en su decir a quien le presta su pluma: palabra revelada, en la mitología cristiana, Sujeto del Inconsciente en la mitología freudiana.

En esta dimensión de texto radical se ubica San Manuel Bueno, mártir, narrado desde una doble y difusa autoría que desdibuja al autor, que aspira a convertirse en palabra fundadora: el autor aspira a quedar fuera del plano de la enunciación. Si la novela contemporánea hegemónica se caracteriza por esa hipertrofia de la autoría, San Manuel Bueno, mártir comienza por hacer compaginable el relato en primera persona con la despersonalización del relato: "sólo Dios sabe con qué destino"/"yo no", dice Ángela; el texto "vino a parar a mis manos", dice Unamuno, quien sólo arroga la insignificante tarea de proporcionar una corrección sintáctica elemental al texto.

Renuncia a la autoría que, por otro lado, forma parte de cualquier relato mítico, como condición sine qua non: la palabra trasciende al enunciador, tiene -debe tener- un valor intrínseco, pretendidamente no subjetivable. Así, el texto adquiere la forma de un relato fundacional: San Manuel Bueno, mártir se aferra a la necesidad de creer/crear: a la necesidad de sostener la fe en una palabra "revelada" -dice Unamuno-, la del padre simbólico depositada en el relato en San Manuel, que hay que aceptar como más real "que [...] mi propia realidad", en la que hay que creer más que quien la sostiene.

Y llegamos así a lo que constituye uno de los centros nucleares del relato: el padre sostiene una palabra (el Padre sostiene la Palabra, en la formulación cristiana). En su extremo sacrificante (como mártir -sin que sepamos de otros dolos- es el San Manuel de nuestra novela-, el héroe crea, mantiene, un discurso destinado a una protección de la que él mismo no es partícipe: lo sostiene para que otros crean ("Creo más en ella que creía el propio santo", dice Unamuno).

Los Evangelios, si se hace una lectura textual al pie de la letra, ya recogían dos milenios antes esta misma dualidad:

- en su primer extremo, San José se ve abocado a renunciar a ser él (el padre, el autor). Ubicado en el lugar destinado por definición a la autoría (el marido de la madre: el padre), se ve relegado a un ostracismo que le niega su estatus fundamental para que, mediante este sacrificio, sea posible la articulación de un origen mítico de Cristo: la sublimación del padre sitúa como padre biológico -si tal puede aplicarse al Espíritu Santo- al lugar de la Palabra pura, carente de cuerpo.

- en su clausura, muerto Cristo, otro personaje del que no se sabe ni el nombre -pues renuncia también al suyo propio- se ve igualmente abocado a asumir un papel fingido: el de Cristo. De tal modo que los apóstoles inicialmente no le reconocieron, hasta que comenzó a mostrarse como depositario de su palabra, hasta que "partió el pan" y con ello estableció una continuidad simbólica con Cristo.

Ambos héroes del comienzo y final de dicho relato mítico renuncian para que otros crean: fundan la posibilidad de una verdad de la que ellos quedan (auto)excluidos.

El sacerdote de San Manuel Bueno, mártir no cree, pero vehicula con su sacrificio el que otros crean: esto es, habitan un universo protegidos de lo real. El libro, sin manejar esta nomenclatura de trasfondo lacaniano, es muy explícito al respecto: sólo basta querer leerlo.

El padre físico de Ángela, enunciataria en la que se ven representados todos los destinatarios -pues las secuencias pronto muestran el sentido coral de la predicación del sacerdote, que se dirige y administra su palabra al pueblo en su conjunto- queda sublimado, en sentido estricto de la expresión. Queda descarnalizado, desprovisto de entidad física, de cuerpo:

"Al otro, a mi padre carnal y temporal, apenas si le conocí, pues se me murió siendo yo muy ni-a." [S.M.B.M., p. 96]

"Carnal y temporal", afirma la narradora. Para que el Edipo funcione, como promesa de la posibilidad de creer en una palabra, el padre simbólico debe renunciar a su corporalidad, a vehicular su deseo respecto a sus vástagos -condición del paso de la horda a la familia, según enunció Freud-. En San Manuel Bueno, mártir, el padre-cuerpo es sustituido por otro padre-espíritu; pues el relato, inmediatamente, ubica en el lugar del primero al segundo, proyectado también como entidad deseante respecto a la madre -lo que yende la estructura narcisista del sujeto-:

"Mi buena madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de don Manuel, de quien estaba enamorada -claro que castísimamente-, le habían borrado el recuerdo de los de su marido." [S.M.B.M., p. 96]

Sacerdote, éste padre sublimado -el lenguaje así lo reconoce: padre en su doble sema de padre biológico o sacerdote, pero también en su sentido ontogénico simbólico: el Padre universal, aquel a quien corresponde la Palabra-, pero ubicado con todo en su extremo en el registro físico del padre:

"Decíase que había entrado en el seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre [...]" [S.M.B.M., p. 99]

"Su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y ayudar a todos a bien morir." [S.M.B.M., p. 99]

La necesidad de asumir un papel postizo, el encarnado por el padre, se justifica por el papel protector que preside la simbólica paterna:

"- Mira, da padre a este pobre crío que no le tiene más que en el cielo.

- ¡Pero, don Manuel!, si no es mía la culpa...

- ¡Quién lo sabe, hijo, quien lo sabe...! Y, sobre todo, no se trata de culpa." [S.M.B.M., p. 100]

"No se trata de culpa": nacer condena al hombre de por sí a la necesidad de enfrentarse a lo real, por lo que es preciso construir un mundo de creencias postizas -según el relato de Unamuno- que le separen de la experiencia desimbolizada de lo real. Lo real según el sentido lacaniano del término en la formulación cristiana adopta la fórmula del pecado original: lo real no ha sido creado para el hombre; en lo real nada hay de lo humano. Y sin embargo, el hombre debe vivir con su consciencia (con su "saber") a cuestas sobre un universo de lo real que le es hiriente: experiencia de la que los relatos fundacionales (contra el azar, contra el vacío en el origen), los mitos, las religiones, operan. En San Manuel Bueno, mártir se formula así:

"Ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de La vida es sueño, ya dijo que "el delito mayor del hombre es haber nacido". fse es, hija, nuestro pecado: el de haber nacido." [S.M.B.M., p. 136]

Religión ("Iglesia Católica Apostólica"), ciencia ("doctor"), arte (Calderón) se concitan ante esta cuestión de raíz en la experiencia humana: nacer como hombre, como ser habitado por la palabra, supone como sintagmatiza ejemplarmente otro de los grandes textos cristianos, el Génesis, esa condena de base (el "pecado original") de verse abocado a enfrentarse a lo real (en un momento dado, Ángela comulga con esta idea: "quería aliviarme de su cruz del nacimiento." [S.M.B.M., p. 115]). Ahí es donde la simbología cristiana ubica a Cristo -aquel capaz de instituirse en portavoz de la Palabra- o el relato que nos ocupa a San Manuel Bueno.

Identidad, en todo caso, la del padre, que se revela como postiza. Todo se construye como una mascarada:

"No hay más vida eterna que ésta..., que la sue-en eterna..., eterna de unos pocos a-os..." Y cuando me la dio a mí [la última comunión] me dijo: "Reza, hija mía, reza por nosotros." Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: "...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo." [S.M.B.M., p. 148]

El padre se vacía de sentido, es sentido sólo para que el otro, al que podemos llamar su referente, crea, habite como verdadera en esa verdad. Esto constituye no sólo la condición de la creación del padre simbólico: más allá, constituye la condición de la creación del espacio de lo humano. Baste recordar la coincidencia etimológica en griego entre los semas persona y máscara: somos persona en tanto máscara: somos personas en tanto capaces de crear una máscara, de ocultar (como San Manuel), de mostrarnos como sujetos de verdad: esto es, como verdaderamente sujetos (o bien sujetos: provistos de ese aparato de control que supone el Sujeto del Inconsciente), y como sujetos capaces de sostener una verdad, un convencionalismo. Pues en San Manuel Bueno, mártir, creencia y convencionalismo son equivalentes: lo de menos es en qué creer, y lo fundamental es creer:

"-f1 me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado -me decía- f1 me dio la fe.

- ¿Fe? - le interrumpía yo.

- Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida." [S.M.B.M., p. 141]

"- De modo que...

- De modo que hay que hacer que vivan con ilusión..." [S.M.B.M., p. 142].

El alma, la "palabra sagrada" (o, en su traducción más etimológica más literal, "la palabra encerrada") no es algo que en San Manuel Bueno, mártir venga otorgado: hay que construirla. Hay que garantizarla: creer en ella, o sostenerla, que es tanto como crearla.

Los deconstructivismos, el discurso del pensamiento contemporáneo pos(t)modernista opera precisamente en contra de esta dimensión de construcción

de la verdad. Nada en el orden de lo real garantiza una verdad: no hay ninguna verdad en lo real. En nuestro texto:

"¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella." [S.M.B.M., p. 123]

Ese aparato de deconstrucción de esa verdad-coartada que habita el hombre -por necesidad-, que es propio a la contemporaneidad, se ha mostrado en su fondo aniquilador de sentidos, generador de un vacío. El personaje central de la novela, el cura de Valverde de Lucerna, se mueve en esa dimensión de la ablación de todo sentido, del vacío de toda creencia que lo acosa; pero también tiene la convicción de la necesidad de esa construcción de un orden imaginario, de un discurso capaz de proteger al sujeto: función, claro está, eminentemente adscribible al padre simbólico.

Blasillo es un eco bobo: el eco bobo de las palabras del sacerdote, que, fuera de contexto, evocan un vacío de sentido, una deconstrucción del sentido:

"Luego, Blasillo el tonto iba repitiendo en tono patético por las callejas y como en eco, el "¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", y de tal manera que al oírsele se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo." [S.M.B.M., p. 102]

Se establece un doble sentido, una quiebra del discurso original: a la densidad simbólica de ese grito angustiado ("Dios mío, ¿por qué me has abandonado" en mi vacío existencial) le corresponde un doble eco deformado:

- El cura de Valverde de Lucerna, cuando lo pronuncia, no está transcribiendo las palabras bíblicas, sino viviendo como experiencia vicaria este vacío: en lugar de actuar como portavoz de unas palabras rituales dentro de la tradición cristiana, las pronuncia como propias, las sostiene, las padece. Pues para que una palabra sea creíble (para construir palabra), ha de ser sostenida con el sacrificio. Esa es la función del héroe en el relato clásico.

- El eco deformado de Blasillo: "Dios mío, ¿por qué me has abandonado?", en lugar de en mi vacío existencial, referidas ahora a su decrepitud fisiológica-corporal: ¿por qué yo soy así?. Por lo demás, Blasillo encarna el azar: pronuncia una frase que podría ser aleatoria -en tanto es escogida para ser pronunciada fuera de su verdadero contexto-, y que sin embargo adquiere un sentido distinto al original cada vez que es pronunciada: también Blasillo clama su "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" cuando Ángela comprueba la falsedad aparente de la conversión de su hermano, o cuando se retira "pensando [...] que nuestro don Manuel, tan afamado curandero de endemoniados, no creía en el Demonio" [S.M.B.M., p. 113].

En todo caso, la pregunta citada, recurrente en San Manuel Bueno, mártir, y también uno de los lugares centrales del Evangelio de San Mateo, ubica a aquel llamado a ejercer la función de padre fuera de una cadena simbólica -privado de un padre, de un aparato de protección simbólica-: en el centro de la duda. Tensión, ésta, que, como decíamos, constituye un registro también compartido, por cierto, por el héroe fordiano: "¿Y la [religión] mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío." [S.M.B.M., p. 123].

Por eso el alter ego de San Manuel es ese otro héroe errante al que le es negado disfrutar de esa verdad postiza que él instala:

"Una vez pasó por el pueblo una banda de pobres titiriteros. El jefe de ella, que llegó con la mujer gravemente enferma y embarazada, y con tres hijos que le ayudaban, hacía de payaso. Mientras él estaba, en la plaza del pueblo, haciendo reír a los ni-os y aun a los grandes, ella, sintiéndose de pronto gravemente indispueta, se tuvo que retirar [...] Y escoltada por don Manuel [...] le ayudó a bien morir. [...] Y cuando, acabada la tragedia, fuéronse todos a la posada, y el pobre hombre, diciendo con llanto en la voz: "Bien se dice, se-or cura, que es usted todo un santo", se acercó a éste, queriendo tomarle la mano para besársela; pero don Manuel se adelantó y, tomándosela al payaso, pronunció delante de todos:

- El santo eres tú, honrado payaso; te vi trabajar, y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer, la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Se-or, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que haces reír en el cielo de contento." [S.M.B.M., p. 108]

En el cuentecito (una subunidad por lo demás forzosamente anclada en el conjunto de la novela) se formulan las condiciones del padre: "trabaja" -para producir un sentido-, paga un precio; funda una verdad de la que él queda excluido: hace reír mientras sufre en silencio por ese vacío de la muerte de su mujer, en el caso citado. En otras palabras (pues la metáfora del payaso es sumamente elocuente, su significado está casi literalmente sintagmatizado): actúa. Lo que, dicho de paso, nos devuelve por otro camino al sentido etimológico del ser persona: proveerse de máscara, actuar, para producir sentido -para los otros, en el texto San Manuel Bueno, mártir-:

"Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en uniformidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerlos vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que ha hecho." [S.M.B.M., p. 141]

El mismo significado tiene la relación con Lázaro -el, así, de este modo, "resucitado"-:

"Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió en un lago de tristeza. Cómo don Manuel había venido trabajando, sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera." [S.M.B.M., p. 122]

Lázaro constituye el contrapunto intelectual -por expresarlo de alguna forma- del payaso, figura emocional por antonomasia. El viejo, ruinoso edificio de la abadía cisterciense -representante en su momento del Discurso de la Ciencia, de la eficiencia constructiva y teleológica-, sirve como marco a esa petición de renuncia a ese discurso destructor del que Lázaro es representante -discurso hegemónico de la postmodernidad-. Se habla, así, de la dimensión pragmática de la fe, de la necesidad de creer/crear la persona (pues no es una entidad que venga biológicamente garantizada: como el Sujeto del Inconsciente, ha de ser construida): también en este sentido podemos hablar de una teoría materialista del alma: "Toma agua bendita [...] y acabarás creyendo" [S.M.B.M., p. 122]. "Agua", dice la anterior cita: símbolo del nacimiento en muchas civilizaciones: símbolo del nacimiento a ese estatus, convenido -acordado-, que otorga a la persona una consideración de ente intangible, inviolable, "bendito", como el agua bendita. Proceso pues, que de la construcción individual deriva a la construcción social, a la relación interpersonal: a la civilización. Y construcción, ésta, en la que el padre simbólico desempeña un papel crucial, basal: con su sacrificio permite creer en una verdad, en una ley, en una palabra revelada -en su sentido físico: transmitida-: el padre crea una palabra sagrada (una ley básica, inviolable, por lo demás única ley universal) en la renuncia al incesto, otorga un alma a un cuerpo.

Teoría materialista del alma, decíamos: y que queda de manifiesto en frases suficientemente literales como para ahorrarnos su comentario:

"Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo." [S.M.B.M., p. 114]

En la novela que analizamos existe indudablemente un intento de búsqueda de la figura emblemática del padre simbólico, referida mediante esa operación de reducción eidética al padre de todo Lucerna de Valverde. Ángela Carballino/Unamuno lo enuncia de una forma explícita al comienzo de la novela:

"Llegué ansiosa de conocerle, de ponerme bajo su protección, de que él me marcara el sendero de mi vida." [S.M.B.M., p. 99]. "Protección" -simbólica- y sendero vital/sentido-: dos de las funciones inmanentes al padre simbólico.

Un intento de formulación de la entidad del padre, afectado además por la profusa mitología cristiana de la simbólica paterna que se manifiesta en la literalidad de algunas citas evangélicas al pie de la letra en boca de los protagonistas de la novela. Esto sitúa a San Manuel Bueno, mártir en una dimensión próxima al relato clásico, al menos desde este punto de vista de su sustrato de fondo. Y, sin embargo, no se trata estrictamente de un relato clásico, fundacional: todavía más, de un evangelio, pese a que sin duda el tono empleado en el inicio del texto apunta esa misión anunciadora de ese ángel -Ángela- narrador, y adopta un estilo literario muy próximo a la literatura revelacionista de los textos sagrados bíblicos, coránicos, etc.: inferioridad del narrador respecto a lo narrado, posición presencial del narrador respecto a lo enunciado pero no omnisciente, relato tectónicamente abierto, etc.

Forma, pues, de relato fundacional, evangélico, que en su fondo o contenido sufre de una falla, de un adelgazamiento del espesor simbólico del relato: el padre duda -hasta aquí nada que objetar- y manifiesta sus dudas, se hace presente como sujeto quebrado: hace explícito respecto a algunos de sus hijos -Lázaro y Ángela- esa quiebra en la labor de sostenimiento de la palabra.

Lázaro y Ángela actúan al respecto como personajes intercomplementarios, cuyo valor simbióticamente se refuerza: Lázaro, como hemos tenido ocasión de ver, acepta esta quiebra del discurso, de la fe, admitiendo la necesidad de vivir ese espejismo: no en vano proviene del campo de la descreencia, del otro lado de esa religiosidad fingida: "Me rendí a sus razones, y he aquí mi conversión." [S.M.B.M., p. 122]; "Y ahora -a-adió mi hermano- hay otro más para consolar al pueblo." [S.M.B.M., p. 123]. En cambio, Ángela Carballino no admite esa renuncia a la verdad: busca en el rito un aparato de protección frente a lo real, una palabra simbólica que, sin embargo, sus propios oficiantes viven como vacía:

"-¿Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! -me atreví a insinuar, arrepintiéndome al punto de haberlo insinuado.

- ¿Sacrilegio? ¿Y él, que me la dio? ¿Y sus misas?." [S.M.B.M., p. 123]

La tensión entre ambos registros de la palabra simbólica, uno ahuecado (el rito es vivido como aparato eficiente: es válido en tanto funcione para los demás), otro que aspira a una verdad absoluta -palabra revelada-, se condensa en ese momento apicular del encuentro entre Ángela y el cura:

"- Pero usted, padre, ¿cree usted?

Vaciló un momento y, reponiéndose, me dijo:

- ¡Creo!.

- ¿Pero en qué, padre, en qué? ¿Cree usted en la otra vida?, ¿cree que al morir no nos morimos del todo?, ¿cree que volveremos a vernos, a querernos en el mundo venidero?, ¿cree en la otra vida?.

El pobre santo sollozaba.

- ¡Mira, hija, dejemos eso!

Y ahora, al escribir esta memoria, me digo: ¿Por qué no me enga-ó?, ¿por qué no me enga-ó entonces como enga-aba a los demás? ¿Por qué se acongojó? ¿Por qué no podía enga-arse a sí mismo o por qué no podía enga-arme? Y quiero creer que se acongojaba porque no podía enga-arse para enga-arme." [S.M.B.M., pp. 135-126]

Momento, el de este encuentro, que revela esa incapacidad de erigirse como padre simbólico de aquel que venía imbuido, vestido con los atributos del padre: su desposesión del cuerpo, del deseo sexual -razón de la necesidad de exhibir el celibato en la cultura católica-, su labor de control y cortocircuito sobre el deseo del tutelado -labor de confesionario-, imposición de la palabra fundadora, etc. Momento, pues, en el que el padre simbólico se desvanece: aquí se ubica también esa ausencia de un sentido en la vida del sacerdote:

"¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual [...]" [S.M.B.M., p. 128]

Padre, pues, incapaz de garantizar al menos para Ángela y Lázaro estrictamente un orden simbólico que él tampoco recibió:

"Mi pobre padre, que murió cerca de los noventa a-os, se pasó la vida, según me lo dijo él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuando [...] Me parecía como una locura. Y yo la he heredado." [S.M.B.M., p. 128]]

"Opio..., opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sue-e. Yo mismo, con esta mi loca actividad, me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien, y menos so-ar bien... ÁEsta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: "Mi alma está triste hasta la muerte" [S.M.B.M., p. 133]

La consciencia de este vacío de sentido en Ángela y Lázaro (quien dice a su hermana: "Ha llegado la hora de decirte la verdad, toda la verdad, y te la voy a decir [...]") [S.M.B.M., p. 121]; "¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo?" [S.M.B.M., p. 147]) marca la charnela entre el padre simbólico -como función- y su simulacro, su simple aspiración. En la novela que nos ocupa, el sacerdote hace notar esa quiebra en el discurso que sostiene, ese fallo en la máscara que interpreta -vívida, pues, por Ángela, como mascarada-. El destinado a rezar, a salvarnos es el primer necesitado de protección: "... y reza también por Nuestro Se-or Jesucristo..." [S.M.B.M., p. 134]; "- Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves?" [S.M.B.M., p. 126]; "Y de ahora en adelante, [reza] por don Manuel" [S.M.B.M., p. 124]...

Desde este punto de vista, San Manuel bueno, mártir, se ubica en un registro, si se permite la denominación, manierista: allí donde el espesor simbólico de lo clásico deja paso a la parodia (¿no podemos ver en la novela cierto forzado paralelismo desmitificador con los Evangelios?), a la hipérbole, al amaneramiento que delata lo inverosímil: espacio, pues, donde se vive la quiebra de la verdad.

Al respecto nos remitimos a la diferencia establecida por J. González Requena respecto a la concepción lacaniana, quien se refiere a un registro de la palabra concebido sólo en términos semióticos. Con González Requena, distinguimos el registro semiótico -toda palabra- del registro de la palabra simbólica: aquella capaz de inscribirse en una dimensión simbólica donde se intersectan, se concitan y compensan lo real y lo imaginario.

Libro del desasosiego, fragmento 390.

Al respecto nos remitimos a nuestro artículo "Los límites de lo cinematográfico: el caso del Libro del desasosiego de Pessoa", en Diacrítica, Revista de la Universidade do Minho, 1996. Wittgenstein (en Philosophical Investigation) y otros positivistas lógicos (Russell, Moore) cuestionan la posibilidad de un lenguaje que se refiera a acontecimientos mentales idiosincráticos, sólo comprensibles para su emisor: porque, para ser "lenguaje", ha de ser un hecho social que dependa de la memoria colectiva, y por tanto ha de ser "comunicable".

San Mateo, 24, 46.